

OFICIALES VASCOS EN EL REGIMIENTO DE INFANTERÍA DEL REY DE MANILA

ELENA GÓMEZ GALLEGO

La aventura del descubrimiento de Filipinas, los primeros pasos de la evangelización y su posterior colonización estuvo marcada por la actuación de hombres nacidos en el País Vasco. Desde un primer momento la población vasca se hace cargo de los puestos claves de la administración de las Islas. A pesar de que los naturales de esta región configuran la sociedad filipina, pocos de ellos se animaron a participar en las actividades militares del archipiélago. Su presencia resulta minoritaria en las primeras compañías creadas en Filipinas, para colaborar con los misioneros y someter a los grupos autóctonos del interior montañoso de la Isla de Luzón.

El creciente interés despertado por este área en la economía de las potencias extranjeras durante los siglos XVII y XVIII, promovió un plan defensivo compuesto por una cadena de fortificaciones con dotación militar; este, proyecto, bien definido sobre el papel, estuvo condicionado por intereses económicos y particulares, no resultando eficaz para sofocar las rebeliones indígenas ni frenar el poderío musulmán en el Sur del archipiélago, pesadilla tanto para los gobernantes como para la población civil y militar, sometida permanentemente a sus correrías.

Una serie de factores, impidieron mejorar la institución militar en Filipinas. El retraso en el envío del situado anual, que repercutía en el control español del archipiélago. Es necesario recordar la dependencia económica de Filipinas con el exterior: el situado se remitía desde México para el desarrollo del archipiélago, pago de sueldos de funcionarios, gastos de fortificación y mantenimiento de la tropa y presidios. También se suscitaban deficiencias en los planes defensivos por las especiales características de la sociedad filipina, integrada por una población de funcionarios civiles, comerciantes y religiosos, poco apegados a los problemas cotidianos de las Islas. A estos inconvenientes se añade la carencia de individuos capaces de mejorar la institución militar en Filipinas.

Desde la segunda mitad del siglo XVIII, las cuestiones relativas a la defensa ultramarina resultan prioritarias en los planes de gobierno, para garantizar la seguridad de los territorios coloniales. En Filipinas, la novedad principal fue la organización coherente de las tropas, creándose regimientos con un esquema y composición similar a los cuerpos peninsulares:

el de Infantería concentraba la mayoría de la dotación militar de las islas; Caballería y Artillería, presentaban un número más limitado de hombres.

Estas medidas no resultaron efectivas, pues durante la invasión inglesa de 1762, quedó demostrada la escasez de hombres y su poca instrucción; a partir de este momento se pretende conseguir una mayor eficacia en las tropas, por medio de un grupo armado más profesional, con disciplina e instrucción.

La reforma militar más importante se produce tras la aprobación del nuevo Reglamento para los regimientos de Filipinas¹, que junto a las medidas conducentes a la reorganización de las unidades militares, incide claramente en las deficiencias que tenían las tropas del archipiélago: la falta de peninsulares y europeos, siendo común la presencia de mexicanos, indios, cipais, malabares, quinientos cumplidos, rateros, desertores, inválidos, enfermos, cansados, junto con ingleses y franceses desertores durante la guerra.

Las diversas procedencias geográficas, económicas y sociales configuran una tropa heterogénea, con hombres muy dispares, desplazados a las Islas por diversas motivaciones y que se integran en una organización defensiva que tenía como elemento fundamental a los naturales de Filipinas. Esta variedad de razas, religiones, instrucción y categoría moral de los hombres, no favorecía el honor del cuerpo.

El Reglamento establece organiza una compañías compuesta por un número elevado de españoles, oficiales de carrera, aplicados y con experiencia, capaces de instruir y dirigir a la tropa, para que el control militar no quedara en manos de nativos o novohispanos. Esta medida pretende sanear las compañías introduciendo soldados peninsulares, que pudieran contrarrestar la mala influencia de la recluta americana, compuesta por desertores y delincuentes sacados de los calabozos de Nueva España. A pesar de estas tentativas, los gobernadores continúan manifestando sus quejas por el traslado de hombres inadecuados para el servicio, y recomiendan mucho cuidado en la selección de españoles que quieran pasar a Filipinas, "pues algunos podían representar un lastre para la defensa y progreso de la gobernación"².

La afluencia de peninsulares se hacía necesaria, no sólo para mejorar las actividades militares, sino también para cubrir las bajas de una tropa diezmada por las enfermedades provocadas por la mala aclimatación y deficiente alimentación, y la abundante deserción de sus integrantes. Desde Manila se solicitaba encarecidamente el traslado de oficiales, sargentos y soldados españoles que cubrieran de forma efectiva las vacantes, algunas de las cuales tardaban en ocuparse hasta cuatro años.

ARCHIVO GENERAL DE INDIAS (AGI), Filipinas, 925. Testimonio del nuevo reglamento dispuesto para la formación del Regimiento de Infantería del Rey de esta plaza.

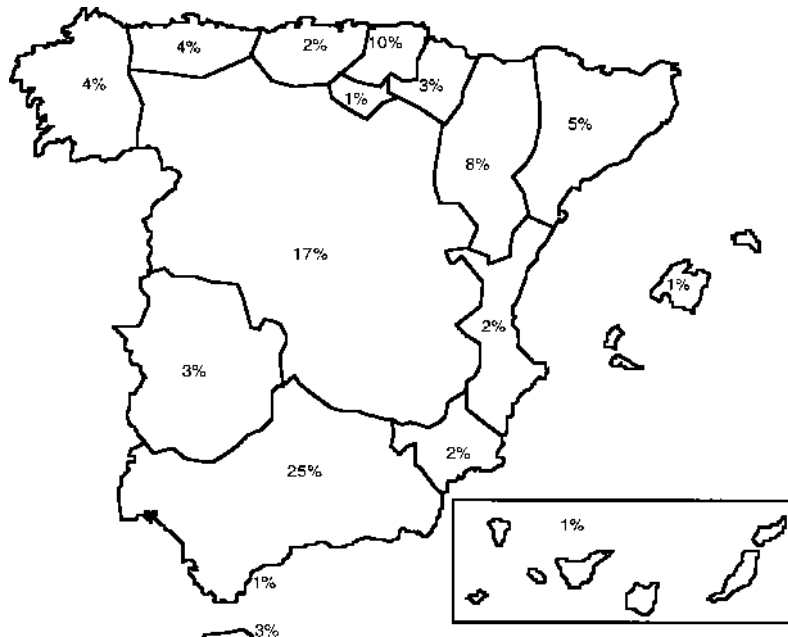
² RUBIO MERINO, Pedro: Don Diego Camacho y Avila, Arzobispo de Manila y Guadalajara de México (1695-1712). Sevilla, 1958. pág.80.

LOS OFICIALES VASCOS EN LOS REGIMIENTOS FILIPINOS

En los regimientos de Filipinas encontramos una oficialidad formada por individuos nacidos en las Islas, un 39%, que se completa con peninsulares, el 32%, americanos, un 20% y un 6% de europeos³. Estos porcentajes los realizamos tras el análisis de los expedientes militares, peticiones de ascensos y relaciones de méritos, documentación que aporta datos personales, profesionales e información, tanto de los oficiales como de las distintas unidades militares de Filipinas.

De los oficiales españoles, la mayor proporción son andaluces, siendo Cádiz y Sevilla las provincias que aportan más hombres; también, Castilla y Aragón son regiones de las que proceden altos porcentaje, lógica consecuencia de una numerosa nobleza, baja y media, que va a integrar la oficialidad del ejército del siglo XVIII. El resto son naturales de la costa mediterránea y cornisa cantábrica, con menor participación.

PROCEDENCIA REGIONAL DE LA OFICIALIDAD FILIPINA. S.



³ GÓMEZ GALLEGO, Elena: Organización del ejército en Filipinas en el siglo XVIII. Madrid, 1992 (Tesis doctoral). pág. 255.

Si analizamos la presencia de oficiales vascos en esta distribución geográfica, comprobamos que, al igual que en el ejército peninsular y americano, cada vez los regimientos se forman con menos efectivos del País Vasco. Para el mismo período de tiempo (1764-1801) el ejército peninsular⁴, presenta un 3,26% de oficiales vascos, para el americano se estima en un 1,8%. En Filipinas, del 32% que compone la oficialidad peninsular, un 10% son naturales de la provincia de Guipúzcoa; el 2% es originario de Vizcaya y el 1% de Alava.

Resulta interesante destacar los oficiales vascos del Regimiento de Infantería del Rey, el más importante de Filipinas, creado a mediados del siglo XVIII para sustituir la organización tradicional del Real Tercio. El estudio de los expedientes militares de estos hombres de Infantería, refleja una escasa presencia de hombres del País Vasco, apenas una docena.

NOMBRE	PROVINCIA	CALIDAD	CARGO	AÑOS SERV.
Francisco Alegría	Mijancas (Alava)	Noble	Capitán	1774-1791
Francisco Dehesa	Alava	Limpio	Capitán	1761-1767
José Aspiroz	Tolosa (Guipúzcoa)	Limpia	Capitán	1757-1764
Martín Arandía	Vizcaya	Noble	Capitán	1759-1791
Francisco Galán	Eibar (Guipúzcoa)	Limpia	Capitán	1756-1767
Fausto Araus	Oñate	Noble	Capitán	1764-1767
Cosme Urquijo	Vizcaya	Limpia	Teniente	1770-1779
Manuel Aspillá	Vizcaya	Limpia	Capitán	1764-1791
Pedro Iriarte	Oyarzun (Guipúzcoa)	Noble	Capitán	1756-1767
Gregorio Anda	Subijana (Alava)	Limpia	Teniente	1774-1791
Francisco Ruiz	Mijancas (Alava)	Limpia	Teniente	1774-1791
Felipe Cerain	Maeztu (Alava)	Limpia	Teniente Coronel	1767-1793
Antonio Aranguiz	Subijana (Alava)	Limpia	Teniente	1774-1791

La presencia de alaveses en el Regimiento de Infantería es más intensa durante los años de gobierno de D. Simón de Anda y Salazar (1710-1776)⁶, héroe de la guerra contra los ingleses por cuya actuación recibió honores y premios de la Corona, entre ellos la Gobernación de Filipinas. El gobernador traslada al archipiélago a sus sobrinos⁷ y familiares allegados, otorgándoles puestos privilegiados en el ejército y la administración. Los parientes del gobernador consiguen ascensos rápidos y destinos ventajoso

⁴ ANDÚJAR CASTILLO, Francisco: Los militares en la España del siglo XVIII. Un estudio social. Granada, 1991. pág. 315.

⁵ MARCHENA FERNÁNDEZ, Juan: Oficiales y soldados en el ejército de América. Sevilla, 1983. pág. 114.

⁶ El Gobernador D. Simón de Anda y Salazar, nacido en Subijana, era hijo de D. Juan de Anda y Salazar, y Doña Francisca López de Armentía y Ruiz de Iriondo. Contrajo matrimonio con M. Cruz Díaz Montoya, natural de Mijancas, y tuvo dos hijos, Tomás y Joaquina. Fue Oidor de la Audiencia de Manila y Gobernador de Filipinas.

⁷ Los sobrinos del Gobernador cuyos expedientes analizamos son D. Francisco Ruiz Alegría, D. Antonio Anguiz de Anda y D. Gregorio Pérez de Anda y Esquibel.

sos, por sus recomendaciones alegando, para justificar su actuación, la falta de europeos que había en Filipinas.

Junto a los llegados de España, tenemos un grupo de oficiales nacidos en el archipiélago, de padres vascos, generalmente militares, que siguen la tradición familiar de las armas; tampoco faltan hijos de comerciantes vascos asentados en las islas, emparentados con las autoridades civiles, que ven en el ejército una forma de ocupar a sus vástagos en una actividad de prestigio que les reporte un status social preeminente.

<u>NOMBRE</u>	<u>CALIDAD</u>	<u>CARGO</u>
José Arrevillaga	Noble	Teniente
Alejo Salabarría	Limpia	Teniente
Pablo Eguía	Limpia	Capitán
Ignacio Echevarre	Limpia	Alférez
Juan Azcarraga	Limpia	Capitán
José Arriola	Limpia	Teniente
Martín Allanegui	Noble	Teniente
Esteban Salabarría	Noble	Cadete
Valerio Arquiza	Limpia	Teniente
Francisco Lastarría	Noble	Cadete
Gaspar Ilagorri	Limpia	Capitán
Santiago Salabarría	Limpia	Capitán
José Olaeta	Limpia	Teniente
Juan Iturralde	Limpia	Teniente
José Lastarría	Noble	Teniente
Mariano Olazaran	Limpia	Subteniente

Los oficiales de origen vasco se incorporan al regimiento de infantería de tres formas: un nutrido grupo inicia su carrera militar como cadete, otros llegarán al archipiélago como soldados de recluta, y un porcentaje minoritario se incorpora desde el ejército peninsular donde tenían el cargo de capitán.

Los hombres que se incorporan al empleo de cadete, suelen ser hijos de oficiales peninsulares destinados en Filipinas o en cualquier regimiento de España, o algún cadete "destinado a la carrera de las armas en la plaza de cadete por Simón de Anda, entonces Consejero y Camarista de Castilla"⁸. También encontramos cadetes de familias económicamente fuertes de las Islas, a pesar de que éstas no veían con buenos ojos que sus hijos siguieran la carrera militar, por la falta de expectativas económicas que ofrecía.

Los cadetes se incorporaban al regimiento muy jóvenes; la edad mínima para acceder era de dieciséis, pero siendo hijo de militar se rebajaba a doce años, siempre que tuviera buena disposición. En general, entran con catorce años, y asciende de forma casi inmediata a subteniente, teniente, obteniendo el grado de capitán alrededor de los treinta años. Entre todos,

⁸ AGI, Filipinas, 927. Cosme Urquijo a Gálvez. Manila, 28 de diciembre de 1779.

sorprende el caso de Pedro Iriarte⁹ que tarda dieciocho días en ascender de cadete a alférez, pasando en menos de dos años a capitán; luego se estanca su carrera y tiene a su cargo el mando de una compañía el resto de su vida militar.

El ascenso fulgurante de este oficial nos sirve para recalcar cómo los peninsulares obtienen la mejor parte a la hora de las promociones, debido a que la experiencia militar les hacía preferibles para ocupar cargos de superior categoría. En Filipinas la mejora profesional de los oficiales que procedían de familias acomodadas estuvo muy generalizada, pues se valoraba más el status social que su conducta.

En algunas ocasiones, estos progresos tan vertiginosos de peninsulares en el escalafón perjudicaron el servicio, pues se otorga el mando a hombres de escasa aplicación, entregados a la bebida o "lleno de trampas y sumamente desaplicado faltando a diario a su obligación, pasando el día mendigando para mantener a su familia"¹⁰, simplemente por ser españoles.

Junto a la presencia mayoritaria de cadetes, pertenecientes a la alta sociedad filipina, encontramos la figura del soldado voluntario o de recluta, alistado al ejército por un período de ocho años; estos buscaban un ascenso rápido, a su alcance por el simple hecho de ser peninsulares, y muy difícil de conseguir para los nativos y americanos. Un ejemplo lo tenemos en Francisco Galán, que se incorpora como soldado de recluta en el año 1756 y consigue ascender en siete años hasta capitán.

Por último, hagamos alusión a los oficiales vascos, de edad madura, procedentes de España donde servían en Infantería o en compañías de Marina, que deciden trasladarse a Filipinas por la mayor facilidad de promocionarse que allí existía, dada la escasez de oficiales españoles que tenían las compañías para cubrir las bajas. Los soldados voluntarios, reos y desertores, destinados en las Islas, eran conducidos por capitanes, como Felipe Cerain. Este oficial natural de Maeztu (Alava) pasa a Nueva España formando parte de la numerosa comitiva del virrey Marqués de Croix, y una vez en México "fue destinado en 1767 a conducir una partida de reclutas desde Nueva España"¹¹. Tras su llegada a las Islas se incorpora como capitán en el Regimiento de Infantería.

Además de la procedencia regional consideramos interesante analizar el origen social de estos oficiales, que aparece reflejada en el apartado "calidad" de los expedientes militares, para comprobar en qué tipo de individuos recaía la responsabilidad de la defensa de Filipinas y explicar algunos aspectos de ascensos y traslados. Dentro del ejército filipino se prefirió la presencia de nobles en los altos mandos, "en lugar de casados

⁹ AGI, Filipinas, 922. Expediente militar de Pedro Iriarte. Año 1764.

¹⁰ ARCHIVO GENERAL DE SIMANCAS (AGS), Guerra Moderna, 6899. Expediente militar de Mariano Olazarán.

¹¹ AGI, Filipinas, 926. Felipe Cerain al Gobernador. Manila, 15 de julio de 1771.

que son acá menos útiles y vienen todos muy pobres y viejos, sugiere se le envíe algún noble" ¹².

Buena parte de la oficialidad vasca que encontramos en Filipinas pertenece a la nobleza. En el País Vasco, al igual que en el resto de la cornisa cantábrica sus habitantes gozaban tradicionalmente de un estatuto de nobleza, con marcadas diferencias económicas respecto a la nobleza del sur, puesto que se ven obligados a ejercer todo tipo de actividades; muchos de ellos, venidos a menos, se alistaron en el ejército para adquirir mayor prestigio o garantizarse una cierta solvencia económica.

Una fórmula con que acostumbran a definirse los oficiales oriundos del País Vasco es la de "limpios de sangre", que representa un enlace entre la nobleza y el pueblo llano. Se les puede considerar nobles, pues la concepción de nobleza lleva implícita la limpieza de sangre, que supone la personificación de un ideal religioso y racial. Es curioso comprobar cómo los hijos de algunos oficiales vascos limpios de sangre, en sus expedientes se califican como nobles, para distanciarse de los naturales del archipiélago, matando la preponderancia peninsular en Filipinas.

En su destino, los vascos son cumplidores y mantienen en sus compañías el orden pretendido por los altos mandos. Los expedientes les califican como buenos oficiales, pero no falta alguno que, mostrándose indolente en el servicio, no mejora, siendo amonestado por sus superiores en repetidas ocasiones. Un ejemplo lo tenemos en el Capitán José Aspiroz ¹³, suspendido por la Capitanía General por la fuga de un reo que estaba a su cargo; se le expulsa y retira del servicio durante dos años, pero tras su incorporación demuestra la misma escasa aplicación.

Algunos apenas alcanzan una aplicación media y su comportamiento repercute en el cuidado de sus compañías, fomentando los defectos de sus subalternos, otros la demuestran escasa, dedicándose al juego y a otros vicios, generalmente al vino, o interesándose más por el aumento de sus beneficios económicos.

A veces, el favoritismo de las autoridades civiles hacia sus protegidos tropieza con la estricta aplicación de normas militares por sus superiores; tal fue el caso de Cosme Urquijo, considerado un mal soldado por el coronel del regimiento al estar apadrinado por el Gobernador. Este oficial por un altercado sin importancia "...haber echado mano a la espada para castigar a un atrevido paisano que tuvo el exceso de desmentirme en público..." fue arrestado e incomunicado durante cinco meses, cometiéndose contra él las mayores vejaciones y tropelías:

"... se me encerró en la capilla de donde es costumbre poner a los reos de muerte en que me mantuve encerrado con incomunicación catorce días, a los que se me hizo saber que

1 2 RUBIO MERINO, Pedro: Don Diego Camacho y Avda..., pág. 80.

1 3 AGI, Filipinas, 922. Expediente militar de José Aspiroz. 1764.

por el tiempo de cinco meses me mantendría por disposición de mi Coronel arrestado dentro del cuartel..."¹⁴

Tras estos meses de prisión, pide un destino a cualquier regimiento de Europa o América, que le fue concedido por la recomendación del Gobernador.

En general, la peor conducta e indisciplina la encontramos en los hijos de militares, chicos muy jóvenes que se rodean de malas compañías y no comparten la vocación de sus padres. En muchos casos, el interés de sus padres para que sus descendientes continúen en el servicio, se contradice con la voluntad de los hijos; en otros, la mala conducta se produce en cadetes consentidos por sus padres, que les toleran todo tipo de defectos.

ACCIONES MILITARES DE LOS OFICIALES VASCOS

Una vez incorporados al regimiento de infantería, los oficiales vascos, desarrollan las actividades profesionales cotidianas (custodia de baleartes, puertas, guardias e instrucción de sus compañías), y forman parte de los destacamentos enviados a las provincias conflictivas para controlar las invasiones musulmanas. Estos oficiales, se trasladan a su destino por un período de dos años, recibiendo las mismas prestaciones y sueldo -más elevado que el de los oficiales que prestan servicio en los presidios provinciales- que en su antiguo puesto en Manila. En muchos casos eran hombres desterrados a las provincias por mala conducta o por delitos menores, estando obligados a controlar las revueltas y organizar los puestos de frontera.

La experiencia profesional de estos oficiales vascos es prácticamente nula, así lo atestigua el apartado "campañas" de los expedientes militares. Podemos comprobar que de todos los vascos destinados en Infantería, sólo uno, Martín de Arandía, había participado en enfrentamientos europeos a su llegada a Filipinas: había tomado parte en la campaña de Portugal y en las funciones realizadas contra los piquetes que atacaron y rechazaron las guardias de Almeyda ¹⁵.

El resto de los oficiales, en su mayoría capitanes, poseen escasa experiencia bélica, pues se han formado en las Islas, careciendo allí de ocasiones para demostrar su valía como profesional en grandes operaciones militares. El desafío más importante llevado a cabo en Filipinas fue la guerra contra los ingleses de 1762. Los oficiales vascos, intervienen en algunos combates contra la flota británica, cayendo unos cuantos en manos del

¹⁴ AGI, Filipinas, 927. Cosme Urquijo a Gálvez. Manila, 28 de diciembre de 1779.

¹⁵ En el expediente militar de Martín de Arandía aparece la Campaña de Portugal como la única actividad que realiza durante toda su carrera profesional; al quedar viudo, cae en una melancolía y depresión que le produce desidia y fomenta su escasa aplicación en su actividad diaria.

enemigo, permaneciendo como prisioneros de guerra hasta la devolución de la capital. El resto se integra en las unidades de resistencia organizadas por Simón de Anda en Bulacán y Pampanga, participando en el asedio de Manila.

El resto de su actividad militar se reduce a la defensa del archipiélago contra los mahometanos o la pacificación de naturales sublevados en las distintas provincias, destacando las siguientes campañas:

A.- Contra los musulmanes: Los problemas con los musulmanes en Filipinas son una constante desde la llegada española al archipiélago. Los piratas mahometanos se dedicaban al pillaje, capturaban a los naturales, se atrincheraban en las islas, y dejaban los pueblos desolados, quemados y arruinados.

Las expediciones contra los piratas malayos, son tan frecuentes que se llegan a organizar distintas misiones militares, algunas hasta de treinta meses, para sofocar los peligros creados por los pancos enemigos. Destacamos la realizada a la isla de Mindoro a mediados del siglo XVIII; en la costa noroeste de esta isla los macasares y otros comerciantes moros, establecieron sus guaridas mientras preparaban su regreso a Joló a vender sus botines. Se organiza en Cavite una escuadrilla compuesta de varias embarcaciones de unos mil doscientos hombres al mando del coronel José Farauco, con un elevado número de oficiales vascos del Regimiento de Infantería que consiguen destruir los asentamientos de los piratas y liberar a los prisioneros.

B.- Pacificación de naturales: En algunas provincias del archipiélago no hubo guarnición permanente hasta fines del siglo XVIII, por lo que en momentos de conflictos se precisaba de hombres del Regimiento de Infantería. Algunos capitanes vascos dirigen los piquetes para sofocar los levantamientos de naturales, como en el caso de la provincia de La Laguna, en el centro de Luzón, donde se resistían a pagar tributo y a participar en las actividades de la renta del tabaco.

También se ocupan de la vigilancia de las costas en Galeras y del envío de víveres y armamento a las provincias alejadas de la capital, amenazadas por los musulmanes. En muchas regiones, se carecía de soldados, armamento y alimentos, siendo necesarios para su mantenimiento los socorros que sufrían retrasos por los problemas de los monzones. Esta situación climatológica adversa, queda reflejada en los avatares sufridos por la fragata San Carlos Borromeo, dispuesta para acompañar a los regulares de la Compañía de Jesús. Un temporal destruye parte de la embarcación y el piloto mayor, Santiago Salaberría aconseja atracar en el puerto más cercano hasta que cesaran los baguíos, mientras que el resto de la

oficialidad eran partidarios de regresar a Cavite al considerar necesario duplicar los víveres ¹⁶.

Los oficiales destinados en Filipinas, no gozaban de privilegios ni de una remuneración suficiente. Algunos se encontraban endeudados, viéndose obligados a mendigar para sustentar a sus familias; por este motivo se hizo habitual que los oficiales de mérito y valor en el servicio, fueran preferidos para cargos públicos (Alcaldes Mayores o Corregidores de las provincias) donde podían ver recompensada económicamente su valía. Como parte de los privilegios añadidos, disfrutaron de los beneficios económicos que generaba el circuito comercial del galeón, reservado a los comerciantes peninsulares y a las autoridades coloniales.

Paralelamente a su vida militar algunos oficiales vascos de infantería tuvieron una participación activa en la sociedad malinense, y una selecta minoría fueron miembros de la Sociedad Económica de Amigos del País de Manila de notable protagonismo en el desarrollo económico del archipiélago.

Como conclusión, destacamos que a pesar de la vinculación tan directa existente entre el País Vasco y Filipinas desde el momento de su conquista, no nos parece relevante la presencia vasca en los regimientos filipinos. No es un hecho aislado el desinterés mostrado por los vascos en la institución militar, pues podemos constatar que en España y América se produce el mismo fenómeno. El motivo pudo estar en el tradicional origen noble de la población vasca que no vio de provecho emplearse en actividades que ni les elevaría su status social ni obtendrían grandes beneficios económicos.

Por último, añadir que los oficiales vascos destinados al regimiento de Infantería del Rey, no son hombres relevantes ni en su calidad social ni en su actividad profesional, pues ninguno sobrepasa el grado de capitán; aunque demuestran profesionalidad, las características propias del territorio que defienden, y la escasez de medios con los que contaban, les hacen pasar a la historia como oficiales mediocres, en un país lejano, olvidados y no reconocidos por las autoridades de la metrópoli.

16 ARCHIVO HISTÓRICO NACIONAL (AHN) , Jesuitas, 238, caja I. Testimonio literal de la representación de D. Felipe Cerain General de la Fragata San Carlos en que se da cuenta de su arribada, Manila, 2 de junio de 1769.